

La perseverancia del ingenio

Autora: Andrea De Diego Ruiz

Categoría profesional y lugar de trabajo:

Diplomada en Enfermería. Máster en Ciencias de la Salud. Hospital Universitario 12 de Octubre (Madrid, España).

La Enfermería es una profesión con inquietud que se encuentra íntimamente ligada a la iniciativa, bien sea a la hora de desarrollar programas de educación, nuevos dispositivos, investigaciones, aplicaciones para móvil, etcétera; como en el momento de resolver las necesidades de cuidados del paciente a pie de cama o en la consulta. Iniciativas que se desarrollan en cualquier ámbito, generando conocimiento con la finalidad de cuidar y cuidarse mejor.

A través de los medios nos transmiten la capacidad de la enfermera para la investigación y nos animan a fomentar su desarrollo. Desde estudios de máster universitario a la formación continuada, pasando por los congresos y newsletter, una encuentra numerosos estímulos que la invitan a imbuirse en la investigación. Y ¿qué pasa entonces? cuando tras cursos de búsquedas bibliográficas, metodología cualitativa, creación de pósteres y comunicaciones a congresos, junto con otros cuyos nombres ya ni recuerdas, surge una idea. Una oportunidad para dar rienda suelta a todo ese conocimiento almacenado y por fin, materializarlo en algo práctico: un artículo de investigación.

Los primeros pasos son similares a los del ser humano: inestables, torpes y equívocos. Surgen los primeros atisbos de problemas pero la iniciativa y el exceso de motivación e ilusión por el proyecto que comienza pueden con todo y permiten avanzar salvando obstáculos. Es la etapa más emocionante, cuando las ideas van cogiendo forma, se van materializando las fases, consigues los objetivos propuestos y te sientes empoderada, con capacidad resolutiva para llevar a cabo el proyecto.

La satisfacción te inunda por dentro viendo acabada la investigación. Los objetivos se han alcanzado, tienes un cúmulo de datos almacenados y lo que parecía complejo se ha ido salvando. Te sientes

optimista y llega el momento de enfrentarse a la siguiente etapa, volcar en palabras el estudio.

A la hora de redactar el manuscrito, vuelves a los libros y las normas de publicación siguiéndolos paso a paso. Es entonces cuando tu proyecto no se ajusta a la teoría, no sabes cómo plasmar ciertos conceptos y cómo responder a otras dudas. La ignorancia y la ingenuidad toman relevancia. Pides asesoramiento experto pero lo que antes parecía clarísimo ahora es insondable. Aún así, te repones y te centras en resultar pragmática y resolutiva, siguiendo lo más exactamente posible las normas de publicación. Y ¡allá va! el manuscrito queda registrado en la revista y te eternizas en la espera de la contestación con la respuesta de los revisores. Nervios e inquietud van en aumento a cada día que pasa.

Finalmente, recibes la valoración del manuscrito por parte del Comité Científico. Esta resulta como una puñalada en el alma investigadora: ha sido rechazado, no cumple las solicitudes esenciales de la revista. Es entonces cuando se desploman encima de ti todas esas horas dedicadas al proyecto, todo el cansancio acumulado, los quebraderos de cabeza y las preocupaciones junto con todos los momentos familiares o con amigos que te has perdido o pospuesto porque debías dedicarlos al proyecto. La frustración, el sentimiento de pérdida de tiempo y de falta de reconocimiento del esfuerzo realizado se apoderan de ti. Una idea se torna clara, no merece la pena.

Pasados unos días, digieres la mala noticia, miras con perspectiva y realmente caes en la cuenta de que no merece la pena echar a perder tanto esfuerzo y trabajo. Resurge la ilusión y las ganas por seguir adelante. Es entonces cuando fondeas buscando revistas en las que se ajuste el manuscrito.

Enumeras una segunda y tercera opción suplente que, en un primer momento, ni siquiera pensaste posible porque no vislumbrabas un rechazo. Buscas apoyo experto pero uno confiable, alguien que traduzca la teoría de los libros a la realidad de la investigación porque falta una pieza, eres consciente de que no eres capaz, algo falta y no sabes que es.

De nuevo, está todo preparado. El manuscrito se ha adaptado a las nuevas normas de publicación, modificado y ultra revisado, quedando listo para su envío. Una vez registrado en la nueva revista, surge una nueva esperanza. En esta ocasión, la espera convive con el recelo, la primera experiencia ha mermado el anhelo.

Al fin llega la respuesta: su artículo ha pasado la revisión por pares y nuestros revisores han hecho algunas sugerencias. La emoción te embarga junto con un sentimiento de alivio puesto que es inevitable sentir que quieres acabar de cerrar el proyecto pero de manera satisfactoria a ser posible. Surgen nuevas dudas y confusión tras leer los comentarios y sugerencias de los revisores. Han diseccionado a tu criatura, cortado de por aquí, modificado por allá, añadido esto otro,... Sigues a pies juntillas las indicaciones con un sentimiento de ingenuidad y humildad, desde la plena convicción de ser lego en la materia. Cruzas los dedos en espera de la aprobación final.

Cuando ves por primera vez la galerada de tu artículo, te invade un sentimiento de bienestar y sosiego tras acabar un trabajoso esfuerzo. Son emociones más calmadas, maduras en comparación con la exaltación de la emoción de los primeros pasos. Sientes tranquilidad y cansancio, junto a la pequeña sensación de que todo el esfuerzo lle-

vado a cabo no se siente completamente compensado o reconocido. Pero aún así, lo has conseguido, has sido capaz de lograr aquello que por momentos parecía factible versus imposible de alcanzar. Eres plenamente consciente de todo el esfuerzo y tiempo que implica, de los retos y dificultades de cada paso, de las deficiencias que posees y de todo el nuevo conocimiento que has adquirido con la experiencia. Y es que la pieza que faltaba era esa, la experiencia. La teoría que te transmiten los libros o la formación durante años de profesión se queda corta para revelar lo titánico que puede resultar iniciarte en la investigación científica.

Día a día, resolvemos problemas y generamos conocimiento durante el desarrollo de nuestra profesión cada vez que contribuimos a mejorar la calidad de vida de las personas o a querer alcanzar su pleno bienestar. Pero este conocimiento no trasciende más allá. La formación teórica e incentivar a investigar se quedan cortos sin el asesoramiento al proyecto concreto. Esta carencia es la diferencia que marca el no emprender un proyecto de investigación y su posterior difusión, puesto que el ingenio y la motivación a veces no son suficientes para superar los obstáculos que la enfermera encuentra a la hora de iniciarse en la investigación. Afortunadamente, en otras ocasiones, son el motor necesario para emprender el camino cuando una nueva idea te sobreviene.

*Lo importante no es lo que nos hace el destino,
sino lo que nosotros hacemos de él.*

Florence Nightingale.

Dedicado a Patricia, compañera de batallas.